La familia venezolana

Con motivo de la celebración del Año Internacional de la Familia por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas, tanto el Papa Juan Pablo II como la Conferencia Episcopal Venezolana (ver la sección de documentos de este nº de SIC) nos invitan a fijar nuestra atención en esa dimensión fundamental de nuestra vida personal y social: la familia. La manera de soslayar la compleja problemática alrededor de la familia es convertir el año 1994 en una sucesión de solemnes declaraciones de todas las instituciones públicas y privadas del país sobre los principios de la institución familiar y su importancia como «célula básica» de la sociedad y de la Iglesia. Principios una y mil veces repetidos que no sirven sino para voltear la cara en dirección contraria a la experiencia cotidiana de la vida familiar en Venezuela.

Tenemos la ocasión de abrir los ojos y mirar de frente, sin pre-juicios, la experiencia familiar de los venezolanos. En un momento en el que la situación económica y política exigen definiciones hacia el futuro, en el que se hacen esfuerzos por poner los fundamentos sociales de una sociedad más productiva, justa, participativa y humana, encarar esta importante dimensión de la vida social y llegar hasta la raíz puede ser una de las mayores contribuciones para un futuro mejor.

El huevo o la gallina

Con demasiada frecuencia los análisis sobre la salida a los problemas de la educación, la salud, la ética política y hasta los económicos concluyen apuntando a la familia como la clave para su solución. Quienes tratan el problema de la familia aducen causas económicas, políticas, carencias educativas, nutricionales...etc. para explicar su crítica situación.

¿Por dónde debemos y podemos empezar? La mayor parte de los niños venezolanos no nacen rodeados de las mínimas condiciones familiares ni sociales. No hay padres que los puedan tratar como hijos, ni una sociedad que les garantice las mínimas condiciones para crecer como personas humanas.

Las relaciones básicas que constituyen a la persona y a la sociedad tienen que ver con eso que llamamos la «cultura» (modo de realizar y representar la vida humana, aprendida y trasmitida, en continuo cambio), a través de la cual dotamos de sentido nuestra actividad individual y colectiva. En esa raíz no es posible separar la dimensión económica y política de la «familiar». No se solucionan los problemas de la producción de bienes y servicios antes que los de la familia, ni viceversa. El desafío es asumir el problema en su complejidad y empezar por todas partes.

Una realidad compleja

Aunque usemos una única palabra, la familia venezolana es una realidad compleja. Encontramos venezolanos que han tenido la experiencia de una familia nuclear con papá, mamá, hijos e incluso tíos, primos y abuelos. Una experiencia reducida a minorías, aunque este modelo se afirma como el ideal cultural de familia y desde él se juzga las otras experiencias familiares.

Mucho más frecuente es la que la familia sea una relación alrededor de la mamá (matrifocalismo) con hijos del mismo o de distintos padres, normalmente «desaparecido» y muchas veces «desconocido». La mamá, en la mayor parte de los casos es la «cabeza» de familia, la que asume responsablemente la estabilidad de la relación, de la que depende no sólo la crianza de sus hijos, sino su propio futuro. Desde la perspectiva del «ideal» proclamado de familia a ésta no se la considera tal.

Crecientemente nos encontramos con núcleos familiares en los que uno de los cónyuges o los dos son divorciados. En la mayoría de los casos los hijos provienen de los matrimonios anteriores de cada uno de lo cónyuges y de la nueva relación entre ellos. Los hijos de los anteriores matrimonios, viven con el «esposo(a)» de su mamá(papá), y pasan algunos días o temporadas con su papá(mamá) que también tiene su esposa(o) e hijos que son sus (medio)hermanos. Si le añadimos las relaciones con los respectivos «tíos» y «abuelos» nos encontramos enredados en una auténtica maraña «familiar», cuyos efectos en la socialización y vida de cada uno depende de la inmensa variedad de comportamientos que se pueden dar dentro de esa maraña de relaciones.

A esta compleja red de relaciones se añaden los efectos de la muy extendida cultura machista en la que los hombres, cuando están presentes, tienen como prioridad su satisfacción sexual, quedando en segundo plano el desarrollo maduro de la relación de pareja y la atención a los hijos. Además tienden a ser autoritarios, rígidos, impositivos y no pocas veces violentos, como modos ejercer su papel masculino. En ese mismo código machista la mujer se comporta como la hembra exigida por el macho frente a él y su círculo de relaciones adultas. Con los hijos es la madre comprensiva, condescendiente y posesiva. Los hijos incorporan inconscientemente esa cultura machista que reproducirán posteriormente en sus relaciones con sus coetáneos. En las zonas urbanas a esta raíz cultural machista hay que añadir los ingredientes de la lógica consumista que trastoca el sentido del trabajo y del uso de los bienes, junto a un cada vez más aceptado comportamiento permisivo en el orden moral, especialmente en lo que se refiere a la

sexualidad.
De allí que nos encontremos con datos como que el 20% de las niños nacidos en Venezuela son paridos por adolescentes. De ellos el 5% por niñas cuyas edades oscilan entre 10 y 14 años. El número de madres adolescentes ha ido en aumento en los últimos años, por consiguiente no es una situación que se explique por la ignorancia de las campesinas. Al contrario, son los jóvenes urbanos, de todos los estratos sociales, quienes adoptan este comportamiento, fruto de la socialización que han recibido. Si consideramos, además, el creciente número de abortos voluntarios realizados por mujeres jóvenes, el número de embarazos precoces resulta más alarmante aún.
Completar esta «fenomenología» de la realidad familiar venezolana, vista con ojos nuevos, es el primer paso si queremos hacer del «año de la familia» una ocasión de crecimiento colectivo. Son las madres venezolanas las que han construido la actual sociedad venezolana con su tesón y amor incondicional por sus hijos y otros hijos. Son esos papás, mamás e hijos los que han hecho el enorme esfuerzo de la primera modernización del país con sus virtudes y defectos. Son ellos los que viven y trasmiten su fe en la vida y en el futuro. Incluso la fe cristiana extendida por todos los estratos de la sociedad ha sido sembrada y regada por quienes viven una realidad alejada de los principios dogmáticos.
Este es el punto de partida insoslayable. Conocer a fondo y aceptar esa realidad es la condición indispensable para tomar las riendas del proceso evitando dejarse llevar por la corriente. Incidir eficazmente en la compleja red de causas y efectos que componen el espesor de esta realidad exige abrirse a «entender con el corazón» (Isaías, 6,10). De esta manera podremos abrirnos unos a otros y entrar en el difícil camino de asumir gradualmente las responsabilidades personales y colectivas.

Una tarea radical

«Hay que disminuir de manera drástica el número de venezolanos que nacen sin condiciones familiares aceptables, es decir sin paternidad y sin maternidad responsables. Ello nos remite naturalmente a las condiciones en que un macho y una hembra tienen relaciones. Para que ellas sean humanas, y sobre todo para que el posible hijo nazca en condiciones humanas no basta el instinto sexual. La familia en cualquiera de sus formas es un hecho cultural y moral, no meramente instintivo. Construir cultura significa combinar el principio del placer con el principio de la realidad, ordenar los instintos, sublimarlos, encauzarlos para humanizarlos.» (Luis Ugalde, *El Diario de Caracas*, 19 de junio de 1993)
Los venezolanos vivimos un momento de definiciones sobre la sociedad que queremos tener y los caminos para alcanzarla. Reducir esta cuestión a la invención de modelo económico que saque todos los frutos de nuestras ventajas comparativas, encuentre mecanismos justos de distribución de la riqueza y nos acerque a la civilización del trabajo, con una democracia participativa, dentro de un Estado de Derecho, garantía de libertad y equidad, sería agarrar el rábano por las hojas. La raíz de la que puede nutrirse una sociedad humana y solidaria es su cultura basada en el amor que trasciende la satisfacción de las necesidades naturales.
Sembrar esa raíz profunda de una sociedad humana es la desafiante tarea que tenemos por delante. La dimensión familiar de la cultura en la que podemos fundar ese futuro es una de las prioridades indiscutibles. Para ello hay que partir de la realidad aceptada sin prejuicios, compartir horizontes claros y comenzar a caminar.

El compromiso de la Iglesia

La Iglesia no puede conformarse con repetir su concepción sobre la familia, el matrimonio, la sexualidad y la educación de los hijos de una manera mecánica, descontextualizada y principista. Su compromiso, el que la da su razón de ser, es evangelizar, es decir, anunciar la buena noticia de la presencia de Dios en esta realidad, aunque no se ajuste a lo canónico, y del impulso que esa presencia significa para hacer de la familia el signo del Dios uno y trino.
La Iglesia tiene que superar una propuesta estereotipada sobre la familia para presentar una oferta valiosa, creíble, entusiasmante, motivadora de un proceso necesariamente largo.
Hacer de la familia la radical defensa de la vida humana, como Dios quiere, exige a la Iglesia una pastoral, un modo de comportamiento, una relación positiva con la realidad actual y unas formas de acción que siembren el amor por la vida en la raíz misma de la cultura venezolana. No basta decir que las relaciones sexuales tienen que estar abiertas a la vida y deben realizarse en condiciones de paternidad y maternidad responsables. Hay que evitar que de las relaciones sexuales indebidas nazcan hijos en condiciones infrahumanas. Hay que reafirmar que la sexualidad fuera de una relación familiar responsable es un mal, pero también que es un doble mal si además produce hijos.
La Iglesia se está comprometiendo con el país a acompañar un proceso de toma de conciencia sobre la realidad de la familia venezolana del que nazca un proyecto para hacerla dimensión fundamental del nacimiento de la Venezuela justa y humana que todos aspiramos. Como parte de Iglesia a quienes nos duele el país, queremos formar parte de ese proceso e invitamos a todos los que creen en la vida fundada en el amor a hacerlo.